

EMILIO FERRARI

PEDRO ABELARDO

POEMA



TERCERA EDICION

MADRID

Librería Gutenberg.

Príncipe, 14.

Librería de Fernando Fé.

Car. S. Jerónimo, 2.

Donato Gufo, Arenal, 14.

1884

T. 141208

C. 71599336

38  
EMILIO FERRARI

---

# PEDRO ABELARDO

POEMA



TERCERA EDICION

MADRID

Librería Gutenberg.

Príncipe, 14.

Librería de Fernando Fé.

Car. S. Jerónimo, 2.

Donato Gufo, Arenal, 14.

1884

—  
ES PROPIEDAD  
—

---

Imp. de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7, bis.



R. 155461

AL SR. D. GASPAR NUÑEZ DE ARCE

**A** despecho de las sistemáticas divisiones en que pretenden encerrarlos los preceptistas, de continuo se observa cómo las escuelas y los géneros rompen el encasillado retórico, y sin respetar linderos ni aledaños, se confunden en nuevas, inesperadas formas. Así, aquella larga lucha entre el clasicismo y el romanticismo, tan ruidosa y encarnizada, se resuelve á nuestra vista en una

literatura amplia y armónica, en la que, prevaleciendo de ambas doctrinas lo que ellas trajeran vividor y fecundo, el espíritu generoso de la una se vacía en los excelsos moldes de la otra. Así, la actual supremacía de la lírica, que hace sentir su invasor influjo á todas las manifestaciones de la poesía moderna, ha transformado la antigua epopeya en el poema individual, donde estrechando el marco, pero engrandeciendo el asunto, sustituye al héroe por el hombre y reemplaza el cuadro transitorio de la civilización de una época con el eterno cuadro de la conciencia y de la vida.

A este género, cultivado desde hace algún tiempo con preferencia por los más insignes poetas de todas las naciones, y á esta escuela, que V. en España ha fundado y personifica, pertenece el humilde libro con que hoy me atrevo á presentarme ante el público. El asunto que en él se desarrolla, tentóme, no tan sólo por su interés y grandeza, sino también por la rica variedad de su fondo, que abriendo á la inspiración vasto campo, ofrecía ocasión favorable para probarse en muy distintos terrenos y ensayar muy diversas formas á quien, como yo, enemigo de estrechos exclusivismos, tiene al arte por superior cuanto más completo.

¿Quién lo duda? El poeta que sepa pensar como un hombre y llorar como una mujer y reír como un niño; el poeta cuyo oído recoja desde el estruendo de las muchedumbres hasta el rumor de la brizna de hierba, cuya pupila refleje desde el resplandor del astro hasta la fosforescencia del gusano de luz; el poeta que tenga la frente en los cielos, los piés en la tierra y las manos en las manos de todos, ese será el más grande.

Volvamos al asunto de este poema.

A principios del siglo duodécimo, hubo un período de sorda fermentación, en que por primera vez la sociedad se sintió sacudida por todos los problemas que más tarde se plantearan, y experimentó en sus entrañas el dolor inicial del alumbramiento que presenciaron posteriores edades; fué aquello como un rudo ensayo del imponente drama que había de representarse en el siglo XVI.

Era en plena Edad Media. Durante cierto tiempo, había dominado en la Cristiandad un licencioso desenfreno, al cual acompañara una delirante exaltación, como á la gangrena acompaña la fiebre; mientras los beneficios eclesiásticos se legaban ó subastaban públicamente; fundábase el Císter por Roberto de Molema, y

la Cartuja por San Bruno; y entre tanto que el rescate de los más enormes pecados se vendía á vil precio y los bienes de la Iglesia se malgastaban en vergonzosas liberalidades, Pedro el Ermitaño predicaba la primera cruzada, arras-trando en pos suyo, arrebatadas de fervor, mi-lares de almas y poblaciones enteras. Esto dió por resultado un recrudescimiento de autoridad y fanatismo que levantó el poder religioso á su mayor grado de fuerza, poniéndolo por entero en manos de un humilde abad omnipotente, de un pobre fraile soberano. Este abad, este fraile, fué San Bernardo. Vigorosa encarnación de su tiempo, ejerció en él, casi á pesar suyo, domi-nación tan formidable, que desde la cabaña donde vivía solitario en el retirado valle de Aci-bar, gobernaba la Europa, resolvía con una pa-labra el cisma entre Inocencio II y Anacleto, y con una carta hacía salir de la Champaña al po-deroso ejército del rey de Francia. Así, pues, el estado del mundo cristiano en aquel momento podría resumirse en estas palabras: el feudalismo sobre la sociedad, la Iglesia sobre el feuda-lismo, San Bernardo sobre la Iglesia.

Entonces fué cuando apareció Abelardo. Jo-ven y recién llegado de la Bretaña, apenas su voz se deja oír en las escuelas, toda la ciencia se

conmueve como agitada por un viento tempestuoso, y un ruido de admiración, á la vez que de alarma, levántase en torno del arrojado innovador. Poeta, músico, dueño de conocimientos nada comunes en aquella época, bien pronto su inmenso renombre le atrae una legión brillante de prosélitos, con la cual, despues de haber derrotado á sus más célebres adversarios, reduciéndolos al silencio, va á erigir su escuela en la montaña de Santa Genoveva, extramuros de París, como un conquistador que al frente de su ejército tuviera puesto cerco á la ciudad. Desde allí, el primero en el mundo, reivindica los derechos del pensamiento, proclama la emancipacion de la conciencia.

Imposible dar idea de la resonancia de sus doctrinas y de la especie de prestigio que ejerció sobre sus contemporáneos. ¿Cómo no? En medio de la gárrula controversia, de la dictadura teológica, del dogmatismo inviolable, Abelardo deja oír de repente un acento libre y humano. Haciéndose eco del espíritu de independencia que á la sazón agitaba á la multitud, llama á juicio á las verdades religiosas para fundar la fe sobre el raciocinio, quebranta el yugo de la autoridad, abre el camino á la investigación, ilumina el misterio, explica, allana,

vulgariza; desde aquel instante está abierto de par en par el Tabernáculo.

A pesar de su sincero respeto hacia la Iglesia, esto no podía menos de sublevarla en contra suya, y pronto tuvo enfrente á San Bernardo, que fué para él lo que San Anselmo había sido para Roscelín.

Pocas veces habrán chocado en las tortuosas encrucijadas de la Historia, dos figuras tan colosales y al propio tiempo tan opuestas como el abad de Claraval y el monje de San Dionisio. El uno era oriundo de Borgoña, patria de Bosuet; el otro era natural de Bretaña, cuna de Pelagio y de Descártes. Éste dominaba toda la ciencia de su tiempo, se había formado en la polémica, sabía el griego y el hebreo; aquél se reducía al estudio de las Santas Escrituras que meditaba orando por los bosques, y él mismo decía no haber tenido otros maestros que las encinas y las hayas. El primero, abrasado en ardiente misticismo, predicaba la espiritual perfeccion cristiana y el ascético desprecio de la vida; el segundo, bien hallado con las pasiones terrenales, rehabilitaba la carne, sosteniendo que el pecado no consiste en el placer, sino en el olvido de Dios, y que la Redención fué un acto de puro amor que hacía inútiles las peni-

tencias y martirios. Mientras la gente acudía en tropel de los más remotos puntos de la tierra á escuchar la palabra del filósofo, las esposas y las madres apartaban con terror de las predicaciones del santo á sus maridos y á sus hijos, temerosas de que le siguieran todos al Cenobio. Abelardo tenía en su lenguaje la flúida elegancia antigua que hallara en el fondo de sus estudios clásicos; Bernardo poseía la elocuencia ruda y avasalladora de la Biblia. Abelardo buscaba el ruido de la gloria; las luchas y los goces del mundo; Bernardo vivía de vida interior y ansiaba la contemplación y el aislamiento. Abelardo era inclinado á la molicie y al refinamiento en sus costumbres; Bernardo concedía tan poco á los sentidos, que más de una vez en la comida tomó el aceite por agua y la carne cruda por manteca. Abelardo tenía agraciado rostro y gallarda presencia; Bernardo parecía un espectro cuando atravesaba la muchedumbre, calenturiento y demacrado, con su austero semblante y su larga barba encanecida. San Bernardo era el hombre de su siglo; Abelardo representaba la aspiración al porvenir.

En el duelo á muerte entablado entre estas dos grandes personalidades, según acontece de ordinario, la victoria fué por el momento de las

que tenían la tradición por aliada. San Bernardo, que desde luego habíase constituido en el implacable acusador de aquellas doctrinas, cuyos rápidos progresos contemplaba con espanto, las persiguió encarnizadamente en su apóstol, y no tardando, éste fué citado ante dos sínodos, en el último de los cuales se le condenó sin oírle, obligándole á retractarse y á arrojar sus obras al fuego.

Pero la semilla estaba echada. Un ardiente espíritu de independencia cundía por todas partes; al lado de la reforma religiosa estallaba el movimiento de las Comunidades; á la vez que nacían sectas como la del Evangelio eterno, que afirmaba la revelación sucesiva por la inteligencia humana, Arnaldo de Brescia recorría la Italia excitando á las ciudades á la libertad, y por tal modo, en las sombras del siglo XII se elaboraba una nueva era para el pensamiento. Todo este impulso arranca de la filosofía de Abelardo; aquellos libros, al quemarse, despidieron chispas que incendiaron el mundo.

Pedro Abelardo fué, pues, un personaje extraordinario, y su vida un palpitante drama. Fundó una escuela filosófica, revolucionó la teología, luchó y sufrió sin tregua. Arrojado en los claustros por el huracán de las pasiones, allí

tampoco encontró el sosiego ni el olvido. Trató de corregir á sus relajados monjes de San Jildas, y estuvo á punto de ser envenenado en el altar con el vino del sacrificio. Cuando se refugió al desierto, el desierto mismo se convirtió en un auditorio. Conmovió la Iglesia y el Estado, ocupó á dos famosos Concilios; do quiera le siguió el estruendo de la celebridad, el rugido de la envidia y la aclamación del entusiasmo.

Mas como si todo esto no bastara, aquel hombre fué amado cual ninguno, amado hasta la abnegación más sublime, hasta el más absoluto rendimiento por una noble criatura que reunió las seducciones de la belleza, los encantos de la sabiduría, las gracias de la inocencia; por una mujer que fué á un tiempo Safo y Santa Teresa de Jesús. ¿Quién no conoce la historia de este amor, sencilla y popular como una leyenda? ¿Quién no se ha asombrado y enternecido ante aquella suprema adoración de Eloisa; de Eloisa, que parece no haber venido al mundo sino con la misión de amar á Abelardo, que todo lo sacrifica á este invencible afecto, y que exclama, rehusando con sinceras lágrimas el título de esposa: *si un emperador, un dueño del mundo, me ofreciera su corona, mil veces preferiría á ella el nombre de manceba tuya?* ¡Mila-

groso poder del sentimiento, superior á todo lo demás en la tierra! Los empeños y los triunfos del reformador, cuya fama no tuvo límites, han podido oscurecerse en la ingrata memoria de los hombres; pero el recuerdo de aquel amor permanece vivo á través del tiempo, que no ha conseguido sino engrandecerlo. Hoy, si preguntáis á la tradición por aquella historia, os responderá en el cándido estilo del antiguo cronista: «Allá en tiempos remotos vivieron dos personajes muy enamorados uno de otro; no los hubo más verdaderos amantes.» El pueblo ignora el brillante papel que representaron en su época; sólo sabe que amaron y sufrieron mucho. Abelardo, que imaginara dar su gloria á Eloisa, ha recibido de ella la inmortalidad.

Tas es, pues, el asunto que he tratado, reduciéndole de sus grandiosas proporciones, no sólo á causa de los límites que me impuse, sino también ciertamente por propia culpa.

Tiempo hacía, mi eminente maestro, que deseaba dar á V. un público testimonio de admiración por su hermoso genio, y de gratitud por sus bondades. Aprovecho esta ocasión, y le dedico el PEDRO ABELARDO, pagando así tributo á una de mis devociones más íntimas, á uno de mis más fervientes entusiasmos. Pero no termi-

---

naré sin declarar con satisfacción la influencia de V. en mi obra. En toda alta personalidad artística hay al mismo tiempo una escuela. Copiar la primera es dar en la servil imitación, que censuro por mezquina y estéril; seguir con independencia la segunda, puede ser legítimo y fecundo. Sin duda por esto es por lo que se ha dicho que *el que no imite no será imitado*. No es tan malo *beber en vaso ajeno*; pero se ha de beber el vino propio.

Sírvase V. aceptar esta dedicatoria, con la que pongo mi obra al amparo de su ilustre nombre.

EMILIO FERRARI.



CANTO PRIMERO

FUGITIVO





## CANTO PRIMERO

### FUGITIVO

«¡Oh viejos Alpes, solitarias cumbres  
testigos de la infancia de la tierra,  
que imperios, religiones, muchedumbres,  
razas, edades, leyes y costumbres  
en perpetuo vaivén, en sorda guerra  
habéis visto pasar siempre lo mismo,  
ciego huracán soplando por su espalda,  
y correr, deshaciéndose, al abismo,  
como la nieve en vuestra agreste faldal  
¡Oh viejos Alpes, rudos esqueletos  
despojo del tremendo cataclismo,

de ese inmutable sol contemporáneos,  
que el horizonte recortando escuetos,  
sobre él erguís los carcomidos cráneos.  
Ruinas del templo colosal que un día  
sin duda, al culto de su Dios alzara  
la vírgen soledad, y todavía  
de pié los muros y humeante el ara  
que muestran dan del olvidado rito,  
por cima de las moles de granito  
y allá en la altura, taladrando el cielo,  
vuestras agujas de calado hielo  
lanzáis como buscando el infinito;  
ocultad, ocultad en lo intrincado  
de vuestros senos la mortal congoja,  
la tristeza y rubor de un desdichado  
que el mundo hasta vosotros ha arrojado  
desde la altura en que la gloria brilla,  
como la mar, tras la tormenta, arroja  
el cadáver del náufrago á la orillal»

Así, en mitad de un áspero sendero  
desde el cual, no distantes, se alcanzaban  
de las alpinas crestas los esbozos,  
decía, deteniéndose, un viajero  
con dolorida voz que entrecortaban  
á un tiempo, la fatiga y los sollozos.  
Después, exhausto del vigor postrero,  
cruzó las manos, inclinó la frente,  
y por su enjuta y pálida mejilla  
dos lágrimas corrieron lentamente.

Era un humilde monje. Su figura,  
ceñida del sayal benedictino,  
aún mostraba la fuerza y apostura  
de la viril edad; mas todo en ella  
notar dejaba la reciente huella  
de un combate mortal con el Destino.  
Se descubría el interior estrago  
de una inmensa catástrofe en su vida;  
había allí, como en reflejo vago,  
yo no sé qué de majestad caída.  
Aquel noble y enérgico semblante  
donde una nube de tenaz tristeza  
del genio ahogaba la expresión radiante;  
aquella hermosa, escultural cabeza  
de la cual se dijera que acababa  
una corona de rodar, hundida  
entre el tosco buriel de la capucha;  
todo, el trágico duelo publicaba  
de un grandioso poder desvanecido:  
¡era Jacob, tras formidable lucha,  
en su camino de Canaán vencido!

El día estaba al declinar; un día  
en que sus galas desplegaba todas  
el espléndido Mayo, y parecía  
levantarse á la fiesta de sus bodas  
feliz la creación. Era una orgía  
de rayos, de perfumes, de colores,  
una explosión de céspedes y flores,  
una embriaguez universal, y en ellas,

vida la luz, la atmósfera centellas,  
risas las auras, himnos los rumores.  
¡Divina hora de amor! Todo parece  
que siente y late, que acaricia y ama;  
el mundo en los transportes se estremece  
de una inefable cópula; derrama  
sus ánforas la vida, desbordando,  
nidios y estambres en su seno blando  
misterios sacratísimos esconden;  
hay voces en el viento susurrando  
que por doquier se llaman y responden,  
y debajo de tierra, donde presos  
entre las sombras de su cárcel se hallan,  
los comprimidos gérmenes estallan  
con el crujir de apasionados besos.  
La savia nueva que vivaz palpita  
sus cauces inundando á borbotones  
con el rápido ritmo con que agita  
la fiebre el corazón, verdes festones  
cuelga en los troncos; las tempranas yemas,  
los brotes hincha, traspirando aromas,  
y abre del árbol la corteza ruda  
que por sus poros desiguales suda  
en gotas de ambar, transparentes gomas.  
Al sol, de entre la hierba, cada ruido  
de cercano pisar, levanta y mueve  
nube de insectos que al huir esquiva,  
alzando su monótono zumbido,  
vuela á posarse en remolino leve,  
cerca otra vez, cual polvareda viva.

El rústico tapiz que en los boscajes  
con sus viciosas ramas han tejido  
lianas y yedras, musgos y follajes,  
cuajado está de crías, que gozosas  
entre las pajas bullen y aletean,  
en torno de las cuales, afanosas,  
las madres sin cesar revolotean,  
rozando alguna en su aturdido vuelo,  
aquella red por donde asoma el cielo  
como á través de enrarecidas brumas,  
y que al choque fugaz, deja en el suelo  
una lluvia caer de hojas y plumas.  
Y un aire virginal, como el que de Eva  
con tibio soplo acarició la frente  
en las auroras del Edén, al alma  
sueños infunde y languideces lleva;  
y el voluptuoso respirar se siente  
con que la vida, que circula en calma,  
el universo en su pulmón renueva;  
y en cascadas de luz, resplandeciente,  
desde los cielos se derrama el día,  
brufiendo alegre los lujosos campos,  
ó jugando en las hojas de la umbría  
donde se cierne en destejidos lampos.  
Y mientras rota la neblina huye,  
y la nieve en las cimas congelada,  
en globos de oro se deshace y fluye,  
la tierra por el sol acariciada  
sacude, al cabo, el invernal reposo,  
como al calor de un ósculo amoroso,

la esposa, entre azorada y placentera,  
tras la noche nupcial, por vez primera  
despierta en brazos del amante esposo.

El monje, en tanto, á su pesar, rendido  
más que al cansancio, á la creciente angustia,  
dejábase caer desfallecido,  
del mismo modo que en el triste lecho  
se tendiera á morir; y la faz mustia,  
turbios los ojos, dilatado el pecho  
por suspirar intermitente y hondo,  
sentía alzarse del revuelto fondo  
de la memoria sus recuerdos vanos,  
tropel que le acosaba y perseguía  
é inútilmente sofocar quería  
cubriendo el rostro en las crispadas manos.  
¡Ay! Si es que alguna vez habéis sufrido,  
en medio del horror de la agonía,  
la punzante obsesión del bien perdido;  
si desvelados en la noche, visteis  
una por una desfilan veloces  
todas las dichas del ayer; si oísteis  
en desamparo y soledad, las voces  
de idolatrados séres y el tumulto  
de la ruidosa aclamación; si en tanto  
que os enfriaba el desamor los huesos,  
sentisteis en la boca arder los besos  
de una primer pasión ahogada en llanto,  
comprenderéis el sufrimiento oculto  
que atarazaba al infeliz, delante

de aquella evocación dulce y siniestra:  
que es el recuerdo lámpara espirante  
que en derredor, sin alumbrarla, muestra  
la espesa lobreguez.

¿Quién — de repente,  
con ademán de rebelión, la frente  
alzando prorrumpió:—Quién á esta oscura  
sima, y en ruina semejante envuelto,  
cayó jamás desde tan grande altura?  
Luzbel mismo, Luzbel, que la hermosura  
gozó del cielo al alborear la vida,  
que bañó su pupila en el torrente  
de la increada luz, contra Dios vuelto  
en hora aciaga donde el mal comienza,  
si rodó despeñado, en su caída  
el abismo encontró, no la vergüenza!  
¿Será, de veras, insensato anhelo,  
crimen estéril, esperanza loca  
querer el fuego arrebatarse al cielo,  
y el que á intentarlo remontare el vuelo  
siempre tendrá en el Cáucaso su roca?  
¡No, no, jamás! El imperioso grito  
que de mi pecho en lo interior se eleva,  
la generosa sed de lo infinito,  
esta ambición que á penetrar me lleva  
el gran enigma sobre el orbe escrito;  
este ascender por místicas escalas,  
este batir de luminosas alas  
abiertas en mi espíritu agitado,  
no pueden ser original delito

con servidumbre eterna castigado.  
La vil superstición, monstruo disforme  
que huella las conciencias con su planta,  
el cielo anubla con su cuerpo enorme,  
y entre la abyecta multitud levanta  
sus cien cabezas: la opresión, el odio,  
la injusticia, el error, es quien pasea  
de cruz en cruz al sempiterno Cristo  
de la Verdad, por quien su libre alodio  
jamás alzarse la razón ha visto;  
por quien aún es la redentora idea  
esclava en el cerebro que la crea,  
y del martirio bajo el rudo peso,  
sucumbe, fustigado por la injuria,  
quien labra un surco en el social progreso.  
¡Oh fanatismo, desgrefñada Furia,  
cómplice audaz de los que el mundo oprimen,  
ciego huracán que anubla la conciencia,  
engendro del error y la demencia,  
insensata virtud, madre del crimen;  
en vano intentas apagar, en vano,  
la antorcha eterna, el pensamiento humano;  
tu soplo no la extingue, antes la inflama,  
y trocándote el triunfo en vilipendio,  
hace más bien que la tranquila llama  
rompa, bramando, en impetuoso incendio!  
¡Qué siniestro aparato te rodea!—  
Todavía estar viendo me parece  
delante aquella rígida asamblea  
y, á mi pesar, su imagen me estremece.

Ancha la nave bizantina, el muro desde las cimbras, de tisú colgado con pompa deslumbrante, aunque severa; de los blandones en el bronce oscuro la cera ardiendo, el Crucifijo á un lado, dentro los Padres del Concilio, y fuera el pueblo ante las puertas agolpado. Se me acusa. ¿De qué? de haber amado con pasión la verdad; de haber querido al alma dar, para que vuele al cielo, dos alas: fe y razón; de haber seguido la ígnea columna que á través del suelo hácia el país de promisión nos guía; de haber logrado, en la tenaz porfía, dando mi sangre con viril constancia, al hombre libertar de la ignorancia, que también la ignorancia es tiranía. Intento hablar; pero en el aire truenas de Bernardo la voz, que ahoga la mía, é inexorable, sin oír condena; inútilmente ya silencio imploro entre un hostil rumor que el templo llena; por todas partes, aunque rujo y lloro, «¡la abjuración, la abjuración!» resuena. Y arde una hoguera ante mis ojos luego, y asen mi brazo, que resiste en vano, y á viva fuerza, por mi propia mano, mis libros me hacen entregar al fuego; el cual, mientras las hojas carboniza que chirriando conviértense en ceniza,

me envuelve todo en resplandor tan vivo,  
que mi semblante lívido colora  
y el llanto en mis mejillas evapora,  
mi flaqueza ocultando compasivo.  
Cruzo después la muchedumbre hirviente,  
que alza á mi paso un sordo clamoreo  
de injurias y amenazas insolente;  
la puerta gano como infame reo,  
lúgubre el gesto, desgarrado el traje,  
el rostro por el humo ennegrecido,  
marca irrisoria del sangriento ultraje;  
y héme aquí solo, errante, perseguido,  
lejos de un dulce hogar que se desploma,  
justicia yendo á demandar á Roma,  
humillado tal vez, nunca vencido!  
¡Cómo ¡ay de mí! con su impasible calma,  
con su alegría inalterable, el duelo  
naturaleza insulta, de mi alma!  
El ¡ay! del hijo, ante su madre muerta,  
los alaridos de la carne abierta,  
los sollozos del triste sin consuelo,  
las blasfemias que al cielo desafían,  
todos los gritos del dolor, no harían  
un solo pliegue en el azul del cielo!

Calló. La luz del fatigado disco  
sepultaba ya el sol en el ocaso  
trasponiendo la cúspide de un risco,  
y oblicuamente, con fulgor escaso  
arrebolaba las fronteras cumbres,

allí arrancando á la apretada nieve  
fantásticos reflejos y vislumbres.  
La sombra al valle descendida en breve,  
iba borrando formas y colores,  
al tiempo mismo que parando el viento,  
comenzaron á alzarse esos rumores,  
esos múltiples ruidos que un momento  
preceden de las noches al reposo:  
ladrar de perros, cánticos lejanos,  
esquilas de ganado, perezoso  
volviendo á sus apriscos por los llanos.  
Encima de las rústicas moradas  
á lo largo del valle salpicadas,  
las capas de la atmósfera serenas  
hendía el humo al ascender ligero  
desde el hogar donde, crujiendo el tuero,  
se calentaban las humildes cenas;  
y guiados por él, los campesinos  
tornaban de sus útiles faenas  
por las agrias veredas y caminos,  
en el hombro la azada, y los cantares  
en el labio jovial, con que divierten  
la ardua fatiga, ó su regreso advierten  
á las queridas prendas familiares.

Poniéndose de piés el religioso,  
—¡la noche!—dijo, y revolvió azorado  
en torno suyo la mirada inquieta;—  
¡la noche! pronto, el resplandor dudoso  
del día extinto, me hallaré cercado

de impenetrable oscuridad; sujeta  
será mi planta, si camino busca,  
por la medrosa turbación que ofusca,  
y mal cubiertos de traidora escarcha,  
doquier saldrán á detener mi marcha  
el hondo tajo y la vertiente brusca.  
Helado aquí de soledad, de frío,  
sobre un duro peñasco la cabeza,  
¡cómo en el alma pesará el vacíol  
¡qué negras cosas brotarán, Dios mío,  
del choque de la sombra y la tristezal

Y de este modo el caminante hablando,  
comenzaba á alejarse á la ventura,  
cualquier albergue á que llamar buscando,  
trémulo ya por la zozobra, cuando  
del lado opuesto de escarpada altura  
que como muro natural partía  
del horizonte la extensión lejana,  
rompió el silencio, á la oración tocandó,  
la cadenciosa voz de una campana.  
Descubriendo la frente, y de alegría  
henchido el corazón, dobló la cumbre,  
vió en resguardado valle una abadía  
de cuyas torres en la cruz, su lumbre  
aún reflejaba el moribundo día.  
Corrió, llegó; de los sillares rudos  
contempló la labor, toscos caprichos  
en que alternaban tréboles y nichos,  
trofeos, mitras, ángeles y escudos;

---

llamó, por fin, á la maciza puerta,  
que giró, rechinando, al ser abierta,  
con un premioso movimiento tardo.  
—¿Quién es? entonces preguntaron dentro:—  
y adelantando del umbral al centro,  
el monje respondió:—Pedro Abelardo.



## CANTO SEGUNDO

EL DRAMA





## CANTO SEGUNDO

### EL DRAMA

Al pié de un sauce que la verde alfombra  
del jardín abacial recorta oscuro  
con una mancha de oscilante sombra;

    guarecido del viento por el muro  
y alzado sobre el suelo en dos puntales,  
hay un banco de piedra, mal seguro,

    que cerca un doble seto de zarzales  
y parásitas hierbas han cubierto,  
creciendo en sus junturas desiguales.

    Es el paraje plácido y desierto,  
pues turban sólo su quietud amiga  
los bulliciosos pájaros del huerto,

y entre el ramaje, que su ardor mitiga,  
pasa un rayo de luz que el suelo dora,  
donde crecen el árgoma y la ortiga.

Desde allí se oye voltear sonora  
en lo alto de la torre la campana,  
llamando á *prima* al despuntar la aurora.

Allí el rumor de la existencia humana  
va á fenecer, como á la roca enhiesta,  
sordo tumulto de la mar lejana;

vése, no más, la dentellada cresta  
del murallón que el horizonte escaso  
tosco limita hácia la parte opuesta,

y únicamente á despertar, acaso,  
los ecos de las lóbregas crujiás,  
vienen los monjes, que con lento paso,

en la tierra los ojos, y sombrías  
las frentes, cruzan murmurando un rezo,  
del claustro por las anchas galerías.

Aquel lugar en cuya entrada el brezo  
sus ramas tiende, y á la vista oculta  
profuso entrelazándose el melezo,

refugio presta en su espesura inculta  
al corazón de soledad ansioso  
que en sus propios arcanos se sepulta.

En él encuentra bienhechor reposo  
el infeliz para quien es de espinas  
el áspero sayal del religioso;

el asceta, en las sombras vespertinas  
viene á evocar las místicas visiones  
ó á arrojarse en las pláticas divinas;

el que asedian hambrientas las pasiones,  
se ampara, huyendo el incitante grito  
y el beso de lascivas tentaciones;

mira el dolor al cielo de hito en hito,  
cuenta sus horas la vejez precaria,  
lucha la castidad, tiembla el delito,

sonando allí, con resonancia varia,  
el sollozo, la súplica, el lamento,  
la maldición, la queja y la plegaria.

En este sosegado apartamiento  
que á su tenaz meditación conviene  
y place á su incurable sufrimiento,

ántes que el toque de oración resuene,  
todas las tardes, silencioso y triste,  
Pedro Abelardo á refugiarse viene.

Tan negras tintas su pesar reviste  
mientras, sumido en éxtasis profundo,  
á las exequias de la tarde asiste,

que se adivina en él al moribundo  
para quien es aviso y enseñanza  
la despedida de la luz al mundo;

que lentamente hácia el sepulcro avanza  
llevando sólo sus recuerdos yertos,  
despojo de una estéril esperanza;

lo mismo que por bosques y desiertos,  
á sus espaldas el salvaje lleva  
las sagradas cenizas de sus muertos.

En estas horas de abstracción se eleva .  
como entre nubes de tormenta oscura  
pálida claridad de luna nueva,

visible al alma, celestial figura  
de armonioso perfil, cándida frente,  
serena y melancólica hermosura.

Y á tal prestigio, en su inflamada mente  
sintiendo que el pasado renacía  
de las propias cenizas del presente,

bajo aquel árbol, al abad un día  
así, al narrar de su existencia el drama,  
con voz que ahogaba la emoción decía:

—Si alivio es siempre al que padece y ama  
la confesión de su profunda pena,  
sangre que de la herida se derrama,

oid la historia de amargura llena  
de una pasión que con rigor adusto  
la inquebrantable adversidad condena.

Y perdonad si hasta el reposo augusto  
que vuestra frente estóica ha ceñido  
con la feliz serenidad del justo,

trae un soplo de viento enardecido  
la agitación del sufrimiento humano,  
y del combate mundanal el ruido;

cuando el viajero que cruzó el pantano,  
huella la altura que á escalar se atreve  
para espaciar la vista por el llano,

¡ah! no extrañéis si de su planta leve  
salpica el lodo, y con el lodo altera  
la no hasta entonces desflorada nieve!—

Eran mis años venturosos, era  
cuando á su ardiente plenitud llegada,  
la vida en la mitad de su carrera,

conjunto de la tarde y la alborada,  
desborda en todo su opulento lujo,  
fundiendo el aire en claridad rosada.

De mi entusiasmo al dominante influjo,  
la fe alentaba de los grandes hechos  
que al martirio más tarde me condujo.

Ya oprimido en sus ámbitos estrechos,  
aire buscando y libertad, huía  
de las ciudades los mezquinos techos,

ya de nuevo á la cátedra subía,  
desde la cual, mi solitaria ciencia  
en fulgurantes cláusulas vertía.

Brotaba de mis labios la elocuencia,  
como el raudal de la agrietada roca,  
del siglo removiendo la conciencia;

aves del cielo en desbandada loca,  
recorrían la Francia mis canciones  
repetidas doquier de boca en boca,

despertando al amor los corazones  
de las doncellas, que en invierno hilaban  
al ritmo alegre de sus blandos sonos;

de todas partes á escuchar llegaban  
discípulos mi voz; en mi camino  
las gentes para verme se agolpaban.

¡Engañosos halagos del destino!  
¡Ay del que alzarse en vuestras alas quiere!  
—prosiguió con arranque repentino;—

¡males tan sólo de la gloria espere;  
que la desgracia, semejante al rayo,  
las altas cimas para herir prefiere!

En esta edad por que la mente explayo  
fué cuando el alma á la pasión que abrigo  
se abrió, cual planta que florece el Mayo.

La ví; con esto que la amé ya digo:  
¿quién contemplara su idéal belleza  
sin ser esclavo de su amor conmigo?

Sordo hasta entonces á la voz que empieza  
desde la inquieta pubertad florida  
á alzar en todo sér naturaleza;

dada á la ciencia mi estudiosa vida,  
y mi palabra á la contienda ardiente  
por las escuelas sin cesar reñida,

nada igualara al ímpetu creciente  
con que aquella pasión arrolladora  
se difundió en mis venas de repente.

¡Todo cambió á mi vista en una hora;  
un alma nueva palpité en mi seno,  
un sol distinto amaneció en la aurora!

Con su presencia deslumbrado y lleno,  
un año devoré la incertidumbre  
del que ama y duda del amor ajeno;

cada día mi dulce servidumbre  
más estrechando y más con su incentivo,  
cómplice del cariño, la costumbre;

hasta que roto su silencio esquivo,  
«¡tuyal!» escuché, mientras mi boca avara  
gustaba un beso que espiró furtivo.

¡Ah! Si por mí la eternidad pasara,  
aquella noche de emoción bendita  
borrar de mi recuerdo no lograra.

Gran trecho adelantándome á la cita,  
presa de la impaciencia, cuyo impulso  
la sangre en nuestras venas precipita,

junto á su reja, atónito y convulso,  
ví transcurrir la dolorosa espera,  
contando el tiempo en mi agitado pulso.

Y cuando, al cabo, por la vez primera  
la ví á mi lado y respiré su aliento,  
cual si de pronto en éxtasis cayera,

rasgóse ante mi vista el firmamento,  
ardió el espacio en vívidos fulgores  
y se llenó de músicas el viento.

Después, entre esperanzas y temores,  
unió en secreto el vínculo sagrado  
ante el cristiano altar nuestros amores.

Mas pronto el odio, á nuestro mismo lado  
surgiendo apercebido á la asechanza  
con el puñal de la traición armado,

víctima fui de la cruel venganza  
que á un tiempo, vivo, me arrancó á la vida,  
y amante, arrebatóme á la esperanza;

solo como una planta maldecida,  
«¡vetel!» pensé que todo en torno mío  
gritaba, compeliéndome á la huida;

y extranjero en un mundo árido y frío,  
sentí que sobre mí se desplomaban  
la ancianidad, la noche y el vacío.

¿Qué hacer? ¿A dónde huir? No me quedaban  
sino los claustros, que consuelos puros  
á mi mortal desolación brindaban;

pero ¡ay! al sepultarme entre sus muros,  
aún recelando el corazón mezquino  
á tu amorosa fe riesgos futuros,

encadenarte quise á mi destino,  
para que atrás el rostro no volviesses,  
cual la mujer de Loth, en tu camino.—

Un día, padre, en los estivos meses,  
cuando en las hazas por la ardiente siesta  
madura el sol las apiñadas mieses,

locos sonaban, repicando á fiesta,  
címbalos y campanas de un convento  
que en la falda del monte se recuesta,

en tanto que en la iglesia, por el viento  
se elevaban los cánticos devotos  
á que mezclaba el órgano su acento;

era que viendo nuestros lazos rotos,  
en sí el raudal de la esperanza exhausto,  
iba Eloisa á pronunciar sus votos.

Ya todo prevenido al holocausto, ¡  
resplandece el altar como una hoguera,  
respira el templo religioso fausto.

A un lado y otro, en silenciosa hilera,  
están las santas vírgenes postradas,  
con largos cirios de amarilla cera;

de sus cadenas de metal colgadas,  
en los cruceros á compás oscilan  
las refulgentes lámparas sagradas,

que, cada vez que ante su luz desfilan,  
en las casullas recamadas de oro  
con tembloroso chispear rutilan;

los retablos del ábside y el coro  
ramos abruman de sencillas rosas,  
de aquellos campos germinal tesoro;

písanse sólo hierbas olorosas,  
que el aire impregnan de perfume suave,  
desparramadas en las anchas losas,

y entre el murmullo de los rezos, grave,  
la multitud de la cercana aldea,  
que va llenando la espaciosa nave,

en sus ámbitos bulle y se codea,  
con el vaivén, la ondulación y el ruido  
del inquieto oleaje en la marea.

¿Cuándo el humano sufrimiento ha sido  
nunca arrastrado en tan penosa vía,  
ni á tan tremenda prueba sometido?

Yo, yo los votos recibir debía  
de aquella boca en que de amor profano  
tiernas palabras escuchar solía;

velar las gracias que adoré liviano,  
cortar los rizos que jugando en ellos,  
mil y mil veces enredé en mi mano.

La ceremonia comenzó. Los bellos  
ojos en tierra, la actitud sumisa,  
suelos sobre la espalda los cabellos,

hacia el altar se adelantó Eloisa,  
igual á una de aquellas esculturas  
que hubiera abandonado su repisa;

ciñendo las nupciales vestiduras,  
galas que apenas marchitó el delirio  
de ardientes, pero efímeras venturas,

y sonriendo al próximo martirio,  
con el cirio en la diestra vacilante,  
y el dulce rostro del color del cirio.

Hay un instante de emoción, instante  
cuyo silencio, precursor del drama,  
sólo interrumpen con rumor constante,

el hueco bronce que en los aires clama  
y el áspero chirrido que producen  
las mechas retorciéndose en la llama.

Luégo, un preludio con temor balbucen  
los suaves y acordados instrumentos  
que la armonía celestial traducen;

y mezclada á los dulces llamamientos  
la voz del alma con el mundo en guerra,  
crúzanse así los místicos acentos  
cual diálogo del cielo con la tierra.

#### EL CORO

¡Oh virgen candorosa,  
que duermes junto al ara,  
tu espíritu desvela,  
tu lámpara prepara,  
hé aquí que se aproxima  
tu Esposo celestial!

Desnúdate del siglo  
la pompa, á ti ya ajena;  
la casta frente ciñe  
de nardo y de verbena;  
perfúmate con mirra,  
y á su camino sal.

## LA NOVICIA

Ya del polvo del mundo he podido  
sacudir para siempre mis piés,  
y entre todos por dueño he elegido  
á Aquel que servido  
por legiones de arcángeles es.

Deja, deja, Señor, que estos lazos  
anudando tu cónyuge fiel,  
languidezca en eternos abrazos,  
y tome en tus brazos,  
de tu boca la leche y la miel.

## EL CORO

Ven, ven á tu himeneo,  
mi dulce bien amada;  
de lluvias y de nieves  
ya la estación pasada,  
la tórtola se alegra  
cantando en el alcor.

Este es el bello tiempo  
propicio á los amores;

la higuera echa su fruto,  
la tierra da sus flores,  
y exhalan sus perfumes  
los pámpanos en flor.

Cesan los cantos. La emoción interna,  
mal sofocada en sollozar doliente,  
la novicia á mis plantas se prosterna,

al són del hierro que chocar se siente,  
de sus cabellos la gentil corona  
cae arrancada de su triste frente;

muerta ya para el mundo que abandona,  
mientras tendida entre blandones yace,  
sobre ella un salmo funeral se entona;

con sorda voz que en llanto se deshace,  
pronuncia el voto que la suerte aciaga,  
no la ingenua piedad, quiere que abrace;

y cuando el eco de su voz se apaga,  
el coro, con acentos de alegría,  
prorrumpe en himno que en los aires vaga;

del órgano la ronca tubería  
despide en ritmo tumultuoso y vario  
un huracán de trémula armonía,

á la par que delante del santuario  
blanca nube olorosa se acumula,  
al oscilar del fúlgido incensario,

cuya humareda, que movible ondula,  
espárcese al aliento del gentío  
y á los reflejos de la luz se azula.

Yerto, convulso, en congojoso y frío  
sudor bañado el rostro; la mirada  
fija con la expresión del desvarío,

yo no veía ni escuchaba nada,  
dejando de otro tiempo los sucesos  
golparse á mi mente trastornada.

¡Ay! A estos cuadros en el alma impresos,  
sentí el dolor de la infinita ausencia  
cuajar mi sangre y penetrar mis huesos;

sentí que algo moría en mi conciencia,  
y con nervioso movimiento rudo  
los brazos extendiendo en mi demencia,

quise gritar; pero la voz no pudo  
salir de mi garganta, y en las losas  
me desplomé petrificado y mudo.

Y cercada de humildes religiosas,  
ví á Eloisa alejarse por el coro  
al són de las antifonas piadosas;

y á mí su vista, que nublaba el lloro,  
del claustro el muro al trasponer incierta,  
volvió como diciéndome: «¡aún te adoro!»

Y cual la losa de la tumba abierta,  
tras de sus pasos, para siempre ¡oh cielo!  
con sordo golpe se cerró la puerta.

Infausto día que olvidar anhelo,  
de cuantos goces la existencia tiene,  
¿cuál ¡ay! pudiera compensar tu duelo?

No hay bien que la sospecha no envenene,  
ni fruto que no amargue la perfidia,  
ni aspiración que el límite no enfrene;

la libertad con la asechanza lidia,  
entre peligros la ambición se ufana,  
y amásase la gloria con envidia;

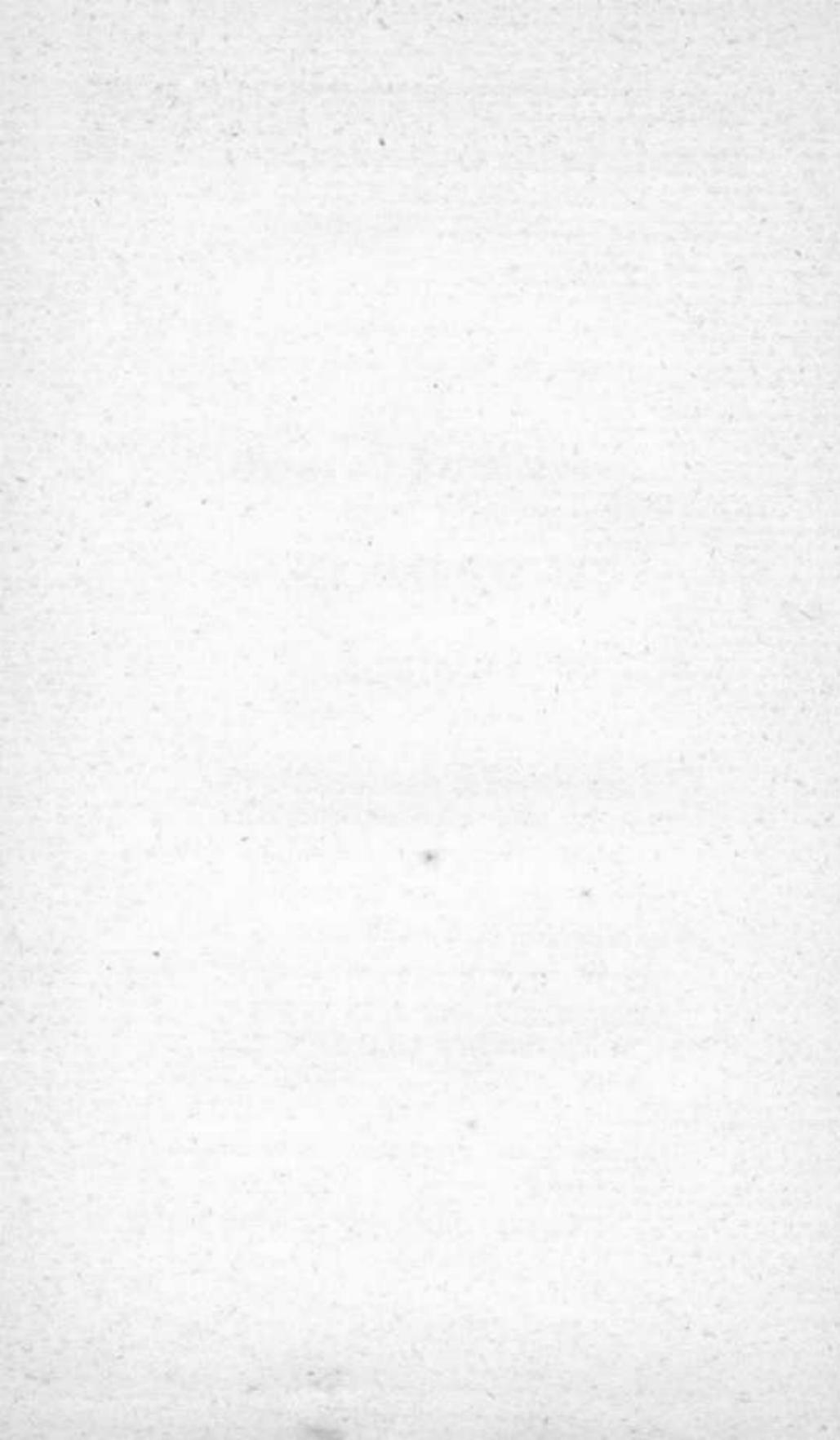
• lleva en sí tedio la pasión liviana,  
la ciencia dudas, el poder quebranto,  
¡sólo es completa la desdicha humanal!»

.....

Guardó silencio el monje, y entre tanto  
que se agitaba estremecido el sauce,  
corrió en los surcos de su faz el llanto  
como un torrente por el hondo cauce.

CANTO TERCERO

TRÁNSITO





## CANTO TERCERO

### TRÁNSITO

Incorporado en el angosto lecho  
de humilde celda en la abacial clausura,  
cuyo recinto lóbrego y estrecho  
semeja anticipada sepultura;  
bajo de aquel hospitalario techo,  
santo refugio de su edad madura,  
muere olvidado y solitario, el hombre  
que llenara la Francia con su nombre.

Hay de la celda en la pared colgado  
un tosco Crucifijo de madera;  
sobre el poyo de un ángulo, empolvado,

un libro abierto á su lector espera;  
brilla á un lado una luz, al otro lado  
se ve una descarnada calavera,  
y en silencio el abad reza de hinojos,  
sin apartar del infeliz los ojos.

No es su agonía la que horror y susto  
con su siniestra agitación provoca;  
es sosegado tránsito en que el justo  
la incorruptible bienandanza toca;  
es misterioso llamamiento augusto  
que á la entrevista celestial convoca,  
retorno hácia su patria del proscrito,  
lenta inmersión del alma en lo infinito.

Irguiéndose, de súbito, un momento,  
aun en su misma postración gallardo,  
con recogido, pero firme acento,  
rompió el silencio lúgubre Abelardo.  
«¡Oh padre!—dijo—próxima presiento  
la suspirada libertad que aguardo;  
cada vez es más dulce y más profunda  
la interna paz que el corazón me inunda.

»La hora es solemne. Abrid esa ventana;  
aún á gozar desde mi lecho vuelva  
del cielo azul la inmensidad lejana  
y el acre olor de la vecina selva;  
cuando luzca en Oriente la mañana,

en el sudario de su luz me envuelva,  
y el flébil viento que en las hojas bulle,  
mi último sueño con su soplo arrulle.

»Cuando en Grecia á morir Sócrates iba,  
no con terror, sobre el azul Egeo,  
la nave alcanza á divisar que arriba,  
nuncio de su catástrofe, al Pireo;  
antes gozoso, entre los suyos liba  
la copa funeral, no como reo,  
como epulón que en el festín, sin penas,  
bebe, brindando á la salud de Atenas.»

A estas palabras, el piadoso anciano,  
sin levantar la taciturna frente,  
abre la ojiva, procurando en vano  
ocultar una lágrima imprudente.  
Es una hermosa noche de verano,  
cuya templada atmósfera riente  
sume el sentido en voluptuosa calma,  
y abre á un anhelo indefinible el alma.

Los astros, cuyos globos palidecen,  
en los vapores que su luz rodean,  
entre la bruma al rutilar, parecen  
ojos que soñolientos parpadean;  
y en el rumor que á intervalos acrecen  
las brisas que los árboles cimbrean,  
créese oír el alentar profundo  
con que dormita, aletargado, el mundo.

«Ahora,—prosigue el monje con vehemencia,  
por santa inspiración transfigurado;—  
bajo la inmaculada transparencia  
de ese cielo de estrellas tachonado;  
ante el Dios de Verdad, de mi conciencia  
recibid el depósito sagrado,  
y recoged, con mi pòstrer aliento,  
de mi espíritu, padre, el testamento.

»Como semilla que al morir desprende  
flor que el áspero cierzo desarraiga;  
como rescoldo que la hoguera enciende  
antes que el viento á su extinción le traiga,  
mi palabra, que el mundo aún no comprende  
fuego y semilla, sobre el mundo caiga,  
parte encerrando de mi sér, centella  
que al frágil barro sobreviva en ella.

»Se acerca el tiempo. ¿Percibís debajo  
de vuestros piés el hervoroso ruido  
con que un sordo y volcánico trabajo  
sacude el suelo, en torno removido?  
Es el ¡ay! que retumba por lo bajo  
cada vez que, en la angustia concebido,  
de una nueva verdad, de una fe nueva,  
la historia el feto en sus entrañas lleva.

»Aunque miréis que entre pavor y asombros  
la humanidad despéñase sin guía;  
aunque sintáis que el mundo, de los hombros

del decrepito Atlante se desvía;  
aunque polvo de ruinas y de escombros  
las sendas borre y oscurezca el día,  
ya antes no visteis, al esfuerzo humano  
riesgos y sombras oponerse en vano?

»No, no temáis. Cuando inocente y rudo,  
el primer hombre por la vez primera,  
con la ansiedad del sobresalto mudo,  
huir el sol del horizonte viera,  
quizá juzgar, en su ignorancia, pudo  
perdurables las sombras de la esfera,  
el necio miedo y el pueril coraje  
yendo á ocultar en su cubil salvaje.

»Mas luego que hecho á la feliz costumbre,  
día tras día contemplara, atento,  
del astro de oro la inmutable lumbre  
girar en derredor del firmamento,  
al verla hundirse tras la enhiesta cumbre,  
¡con cuánta convicción, con qué contento,  
mostrando un punto en la extensión lejana,  
allí—diría—volverás mañana!

»Siglo de errores, que en tu doble oficio,  
feudal señor y penitente austero,  
con una mano ciñes el cilicio  
y con otra revuelves el acero:  
en tanto que en el bélico ejercicio

bárbaro cobras el botín guerrero,  
ó haces al siervo, bajo el férreo puño,  
regar con sangre el áspero terruño;

mientras hundiendo la sagaz mirada  
dentro de la razón, siempre intranquila,  
sujetas la conciencia amedrentada,  
que entre tu dogma y tu tizón vacila;  
mientras la estatua por tu Dios labrada,  
tu fanatismo sin piedad mutila,  
mientras te embriagas en el torpe lecho,  
llamando está á tus puertas el Derecho.

»Ved. Estos son los esperados días,  
aquellos grandes días genesiacos,  
en que bajan del cielo los Mesías  
y brotan del dolor los Espartacos;  
doquiera las gozosas profecías  
se mezclan con lamentos elegiacos,  
y desgarrados los nocturnos velos,  
dora la luz del porvenir los cielos.

»Ya el siervo vil, que de ignominias tantas  
la acerba hiel en su infortunio prueba,  
álzase, sacudiendo de sus plantas  
el vergonzoso polvo de la gleba.  
Para luchar por sus franquicias santas,  
picas hará del hierro de la esteva,  
y opondrá contra el déspota orgulloso,  
muro en la valla, y en el surco foso.

» Cuando á rebato la campana suena  
de la ancha plaza en la cuadrada torre,  
la muchedumbre que los campos llena  
corre al Concejo, ó á las almas corre;  
se refugia el señor tras de la almena,  
un sordo grito la ciudad recorre,  
y del castillo, al formidable empuje,  
la hendida mole retemblando cruje.

» Ya, despertando entre el dogal sangriento  
y el anatema que el rencor fulmina,  
golpea alborotado el pensamiento  
la cavidad de su prisión mezquina.  
Acaso aún está lejos el momento  
en que abra cráter la profunda mina;  
mas ya en la tierra percibir se puede  
la honda inquietud que á la erupción precede.

» ¿Quién pensó que en la alcándara vetusta,  
sin libre espacio en que sus alas mida,  
vivir pudiera el águila robusta  
para cruzar la inmensidad, nacida?  
Dejad que vuele la razón augusta  
en pos de la verdad apetecida,  
que es este dulce y sacrosanto nombre,  
hostia también con que comulga el hombre.

» El ascético cuerpo demacrado  
de un mundo que á la muerte se sentencia,  
sobre yerta ceniza arrodillado

en rígida y estéril penitencia,  
sienta en su corazón resucitado  
el fecundo cañor de la existencia,  
y amé otra vez en la hermosura humana  
la irradiación del alma soberana.

»No: no es el cuerpo miserable andrajo  
que damos á la muerte por rescate;  
es más bien, la herramienta de trabajo,  
es más bien, la armadura de combate.  
Luche en ella, Señor, luche aquí abajo  
el alma con la culpa que la abate,  
y refulgente con su misma gloria,  
descíñala á tus piés, tras la victoria.»

Así la última vez, ya frente á frente  
de la insondable eternidad, hablaba  
el noble genio cuya excelsa mente  
con la visión profética brillaba,  
cuando un *Ave María*, de repente  
sonó en la puerta que entornada estaba,  
y de la celda en el seguro abrigo  
penetró, descubriéndose, un mendigo.

«Del Paracleto, para vos, hermano,»  
díjole al moribundo el pordiosero,  
dándole un pliego, que con torpe mano  
sacó, al entrar, de su zurrón de cuero.  
Tomó él la carta, pretendiendo en vano

dominar su emoción, y al mensajero  
viendo partir, el conocido nema  
regó con una lágrima suprema.

La carta era ¡ay! de la mujer sublime,  
que, sorda al gozo y al reproche muda,  
en la tristeza de los claustros gime,  
de un vivo esposo inconsolable viuda.  
En ella un alma que la angustia oprime  
volcóse entera, y la pasión, la duda,  
la queja, el ansia, el ruego, á borbotones  
desbordábanse así por sus renglones.

## CARTA DE ELOISA

¿Con qué nombre llamarte  
de cuantos tienes para mí, bien mío,  
y que muévenme á darte  
el deber, de una parte,  
y de otra, el corazón y el albedrío?

Déjame que el de esposo,  
siempre el de esposo á los demás prefiera;  
él es el más hermoso,  
y el de un tiempo dichoso  
que en vano ¡oh cielos! olvidar quisiera.

Porque mira, Abelardo,  
si seré desdichada y miserable,  
que aún me retuerzo y ardo  
en la pasión que guardo,  
más tentadora cuanto más culpable.

—

Comprendo, ya lo viste,  
hasta el remordimiento de quererte;  
pero el olvido... ¡ay tristes!  
si es cierto que eso existe,  
será otro nombre que tendrá la muerte.

—

Perdón, perdón si cedo  
al indómito afán con que batallo;  
ya más callar no puedo,  
y tengo miedo, miedo  
de que reviente el corazón si callo.

—

Quiero agitar la escoria  
de estos delirios que, aun distante, halagas;  
y decir tu victoria,  
y besar tu memoria  
con los abiertos labios de mis llagas.

—

Que no corran ordena,  
y verás cómo forman, sin remedio,  
sufriendo su cadena,  
la herida la gangrena,  
la charca el limo, y la conciencia el tedio.

—

Tras de los hierros duros  
á que unos votos pérfidos me ligan,  
entre estos viejos muros  
y estos claustros oscuros,  
los mil recuerdos del ayer me hostigan.

---

¡Ay mi dicha pasada!  
¡ay mi edad juvenil y mi hermosura!  
¡ay mi alegre morada,  
por el Sena bañada  
y oculta como un nido en la espesura!

---

¿Te acuerdas? Tú delante  
llegabas de mi reja, y yo, que dentro  
te aguardaba anhelante,  
corría en el instante  
apresurada y trémula á tu encuentro.

---

Las manos se enlazaban,  
por febril emoción estremecidas;  
los labios se buscaban,  
y los besos ahogaban  
las palabras de amor interrumpidas.

---

¡Qué citas, no dispuestas  
sino para el deleite y la locura!  
¡qué halagos, qué protestas,  
qué frases sin respuestas,  
y qué abrazos sin término ni hartura!

---

En el oscuro ambiente  
golfos de luz abríanse risueños;  
y en torno á nuestra frente  
volaba alegremente  
el luminoso enjambre de los sueños.

---

¿Qué ha sido ¡oh Dios! qué ha sido  
de aquellas inefables alegrías?  
Mi bien desvanecido,  
mi encanto fenecido,  
¿qué voy á hacer de mis cansados días?

---

Sin ti, á quien ciega adora  
con insaciable obstinación el alma,  
¿qué voy á hacer yo ahora  
del gozo de la aurora  
y del misterio de la noche en calma?

---

Sin ti, ¿para qué el canto  
del ruiseñor, y el céfiro, y la nube?  
sin ti, ¿qué haré del llanto,  
si brota en mi quebranto?  
¿qué haré del beso si á los labios sube?

---

Muertos nuestros amores,  
¿será verdad que, como siempre bellas,  
seguirá habiendo flores  
por Mayo en los alcores,  
y brillando en el cielo las estrellas?

---

No bien hubo Abelardo devorado  
estas líneas con ojos avarientos,  
cayó en los brazos del abad, postrado  
á impulso de recónditos tormentos.  
¡Ay! que del corazón aletargado  
despertó aquella voz los sentimientos,  
como piedra certera que, en bandadas,  
alza un tropel de tórtolas posadas.

«¡Esposa de mi amor, madre del hijo  
que no veré ya mas!—en infinita  
ternura el alma rebotando, dijo;—  
¡bendita seas del Señor, bendita  
tú que en mí siempre el pensamiento fijo,  
en esta carta con tu sangre escrita,  
presa de borrascosas inquietudes,  
á cerrarme los párpados acudes!

Mas ¿qué es lo que haces, desdichada? cesa  
de atizar el incendio que te amaga;  
no así el puñal que el pecho te atraviesa,  
goces hincando en la sangrienta llaga.  
De ese delirio la postrer pavesa,  
si puedes tanto, en la oración apaga,  
plácido olvido y bálsamo secreto  
pidiéndole á la paz del Paracleto.

Cuando enemigos, cuyo error perdono,  
con afrentas el rostro me azotaban  
y á envenenarme, en su implacable encono,  
hasta en el caliz del altar probaban,  
ese mísero albergue, en mi abandono,  
como otros hay que su sepulcro cavan,  
para enterrar mi corazón enfermo,  
labré en la inculta soledad del yermo.

Él, tras baluarte de escarpadas lomas,  
santo refugio que el peligro ahuyenta  
brindó á tus hijas, tímidas palomas  
desanidadas por cruel tormenta;  
él hoy te guarda, y á su abrigo domas  
la rebelada carne turbulenta;  
él, cuando en breve apáguense mis ojos,  
ha de guardar contigo mis despojos.

Arrodillada en la escondida fosa  
do yacerán bajo silvestres flores,  
á la luz del crepúsculo dudosa  
y al rumor de los sauces tembladores,

lamentando mi suerte dolorosa,  
acuérdate de mí, mas no me llores:  
aun con todo su horror y su inclemencia,  
¿qué añadirá la muerte á nuestra ausencia?

Y sin poder seguir, á cada instante,  
la voz más ronca, entrecortada y dura,  
más descompuesto y lívido el semblante,  
más intensa y voraz la calentura,  
se desplomó en el lecho, palpitante  
bajo el abrazo de la larva oscura,  
y se trabó en la sombra esa porfía  
lúgubre y espectral de la agonía.

¿Qué es lo que entónces pasa? ¿Qué escalones  
el alma á oscuras con pavor tantea?  
¿Qué círculos de bruma, qué regiones  
de hondo misterio atónita pasea?  
¿Por qué vertiginosas gradaciones  
de espiral que en lo incógnito serpea,  
por qué puentes formados de un cabello  
cruza el abismo con su fardo al cuello?

¿Qué es lo que aquellos ojos asombrados  
miran fosforescer en el vacío,  
objetos de contornos dislocados,  
cosas hechas de niebla y desvarío?  
Esperanzas futuras, ó pasados

remordimientos del ayer sombrío,  
¿qué es lo que entonces ven sin comprenderlo,  
que así se cierran para siempre al verlo?

.....

Cuando la aurora con su albor teñía  
los indecisos términos de Oriente,  
se cavaba una huesa en la abadía,  
al tenue rayo de la luz naciente;  
y la campana que á Abelardo un día  
condujo á aquel asilo penitente,  
fiel á su amor, ante el sepulcro abierto,  
doblando triste, le lloraba muerto.

# NOTAS

## CANTO PRIMERO

I.<sup>a</sup>

.....  
*Justicia yendo á demandar á Roma,  
humillado tal vez, nunca vencido!*

Luégo que en el Concilio de Sens, al cual asistió San Bernardo, y que autorizaron con su presencia el conde de Champaña, el de Nevers y el mismo rey Luis el Joven, fué juzgado y condenado sin defensa, Abelardo partió para Roma con el fin de apelar al Pontífice de la dura sentencia, que consistía en la destrucción de sus libros por las llamas, la retractación pública y la reclusión por toda la vida en un monasterio.

Solo, y á pié, como un mendigo, se encaminaba á Italia, cuando habiéndole sorprendido la noche en el desfiladero de una montaña de la Borgoña, desde donde descúbrese por un lado el sombrío Morvan, y por el otro las nevadas cimas de los Alpes, llámó, rendido de hambre y de cansancio, á la puerta de una abadía que á las últimas luces del crepúsculo alcanzábase á ver en el fondo de angosto y desierto valle á orillas del Grosne. Era la renombrada abadía de Cluny, de cuyas celdas salían Papas, que prestaba hospitalidad á los

reyes, y á la que pudiera á la sazón denominarse la metrópoli del monaquismo. Regála Pedro el Venerable, hombre superior, versado en las ciencias y en la poesía, espíritu generosamente abierto á todo lo grande, personificación augusta de la verdadera caridad evangélica y de esa efusiva tolerancia que es la mayor virtud de la virtud.

Acogido amorosamente al solo anuncio de su nombre, cediendo á las instancias del abad, que habíase apresurado á impetrar para su ilustre huesped la misericordia del Papa, temeroso de que aquél á quien admiraba por su saber, por su gloria, y más aún por sus desgracias, fuese á encontrar oscura muerte, errante en un sendero de los Alpes, el fugitivo se resolvió á aguardar allí el resultado de aquella piadosa tentativa.

Desgraciadamente, Inocencio II confirmó la sentencia del Concilio. Entonces Abelardo, separado por cien abismos de una esposa adorada á quien él mismo había sepultado en un calabozo monástico; despeñado desde la cumbre de su celebridad al fondo de la ignominia; proscrito del placer; desterrado de la naturaleza; postrado, enfermo, miserable; viendo en aquel santo retiro una isla de paz á que arribara en la borrasca, dejando en la otra orilla todos los bienes de la tierra, decidió renunciar para siempre al mundo, y esperar allí la muerte, que presentía harto cercana.

## CANTO SEGUNDO

### I.<sup>a</sup>

*Al pié de un sauce que la verde alfombra..., etc.*

Todavía, al decir de un escritor, se mostraba no há mucho, en el jardín de la arruinada abadía, el árbol centenario bajo del cual, el hombre más grande y más desventurado de su

tiempo iba con frecuencia á sentarse en los últimos días de su vida, para calentar al sol su cuerpo, que ya invadía el frío del sepulcro, y para orar, meditar ó recordar con el rostro y el alma vueltos hacia el Paraclito.

Al pié de este árbol he supuesto la narración de los triunfos, amores y sufrimientos inmortales que forman el asunto de este segundo canto. Tanto interés como los sitios que vieron las más grandes catástrofes históricas, tiene todo lugar donde se ha llorado; y no menos que el monumento que perpetúa la transformación de un imperio, es acreedor al culto de las generaciones el sagrado vestigio que recuerda la vida de un hombre de corazón, aun cuando éste no fuera el amante de Eloisa.

2.<sup>a</sup>

*De todas partes á escuchar llegaban  
discípulos mi voz; en mi camino  
para verme las gentes se agolpaban.*

Hé aquí cómo el mismo Abelardo se expresa, refiriéndose á aquel tiempo feliz é inolvidable en el relato de su vida, que escribió bajo la ficción de una carta á un amigo, y que ha llegado á nosotros con el título de *Historia calamitatum*:

«A la sazón era, en verdad, tanta mi nombradía, descollaba yo tanto por mi juventud y prendas personales, que no podía temer ser rechazado por ninguna mujer á quien favoreciera con mi amor. . . . .

»La afluencia de discípulos que acudían á escuchar mi palabra era tal, que las viviendas no bastaban á alojarlos, ni el país daba lo suficiente para mantenerlos.»

Mal hará quien condene esta ingenua declaración, tomándola por un rasgo de arrogante vanagloria. Cuando esto es -

cribía, Abelardo era sobradamente desgraciado para tener el triste privilegio de la propia alabanza; pero en manera alguna ha de creerse que sus palabras eran dictadas por un sentimiento de orgullo, que si, según él también confiesa, pudo ser un día juntamente su fuerza y su perdición, desde entonces había sido harto combatido y castigado para no morir al peso de las humillaciones. No; lo que antes bien entrañan tales recuerdos es la desgarradora queja del desgraciado que se complace con amarga complacencia en medir la altura de su caída y retorcerse en el contraste que á sus días trajeron las inconstancias de la suerte.

El corazón humano es siempre el mismo, y eterna verdad la conocida sentencia del poeta florentino, cuyo concepto trasladó á nuestra lengua el marqués de Santillana en estos versos:

«La mayor coita que haber  
puede ningún amador,  
es membrarse del placer  
en el tiempo del dolor.»

### 3.<sup>a</sup>

*Victima fui de la cruel venganza  
que á un tiempo, vivo, me arrancó á la vida,  
y amante, arrebatóme á la esperanza... etc.*

A los dos años de amor é intimidad que favorecía la más dulce y estrecha convivencia, conociendo Abelardo que su amada iba á ser madre, propúsose noblemente reparar su falta y legitimar su pasión por medio del matrimonio, aunque hubiera de arrostrar la degradación y el desdoro que, según las ideas de aquel tiempo, arrojaría sobre él dicho estado. Eloisa, que con abnegación sublime se resistió largo tiempo

con todas sus fuerzas á semejante sacrificio, considerándolo como la deshonra de su amante, y oponiendo, para impedirlo, cuantos argumentos le sugirió la grandeza de su alma, no cedió sino ante el firme empeño de Abelardo y bajo la condición de que aquel enlace había de quedar en el más profundo secreto.

El tío, aquel Fulberto, cuya torva figura ensombrece el fondo de esta historia, faltando á su palabra, trató, no obstante, de divulgarlo; pero fué desmentido por la joven, que valerosamente se proclamaba la concubina de su esposo. Entonces meditó en su cólera unas feroces represalias, y la memorable venganza que del filósofo tomara, es bien conocida de todos.

Como pienso que nada hay que no quepa en el arte y no pueda ser por él dignificado, he creído deber hacer referencia en el poema á este episodio, no aviniéndome á sacrificar á estrechos convencionalismos la importancia de un suceso que tanto influjo ejerció en el destino de los célebres amantes y en el triste cuanto glorioso drama de su existencia.

4.<sup>a</sup>

*Yo, yo los votos recibir debía  
de aquella boca en que de amor profano  
tiernas palabras escuchar solía... etc.*

Aunque sea la opinión más general y probable que á un tiempo profesaron, él en la abadía de San Dionisio y ella en el monasterio de Argenteuil, como quiera que algún biógrafo ha escrito que el mismo Abelardo fué quien invistió por su propia mano á Eloisa el hábito de las siervas de Cristo, me he atenido á esta versión, con la cual crece el patético inte-

rés de aquella situación excepcionalmente grandiosa, de dos esposos que, al separarse por fatalidad inflexible, pronunciando unos mismos votos, anudaban otra vez para el cielo el lazo conyugal roto en la tierra.

## CANTO TERCERO

### I.<sup>a</sup>

*La carta era ¡ay! de la mujer sublime  
que, sorda al gozo y al reproche muda,  
en la tristeza de los claustros gime,  
de un vivo esposo inconsolable viuda... etc.*

Habiendo llegado á manos de Eloisa, encerrada entre los muros del Paraclete, la *Epístola á un amigo*, en que Abelardo narró con tan vivos colores las tribulaciones de su desastrosa vida, aquel corazón, cuyas heridas no había cicatrizado la penitencia y cuyo fuego no había podido mitigar el frío de los claustros, reboseó todo el dolor acumulado en el silencio durante quince años que sobre él pasaran sin domarlo. La religiosa escribió al que fué su esposo en el mundo, su hermano ya en Jesucristo, y esto dió origen á aquella imprecadera correspondencia que ha arrancado á la posteridad largo tributo de admiración y lágrimas.

En ella, la parte sobre todo que á Eloisa pertenece, es ún monumento de abnegación apasionada, un poema de insaciable ternura, en que arroja su corazón palpitante y ensangrentado á los piés de aquel á quien más que á Dios desea satisfacer. Su estilo, en que grita y jadea un anhelo infinito, resplandeece con todas las fulguraciones del espíritu y palpita con todos los estremecimientos de la carne. A cada una de aquellas

frases, parece que el amor mismo ha pasado delante de nosotros.

¿Cómo había de serme dado alcanzar la expresión de aquel supremo delirio?

2.<sup>a</sup>

*Cuando enemigos, cuyo error perdono,  
con afrentas el rostro me azotaban,  
y á envenenarme en su implacable encono  
hasta en el caliz del altar probaban... etc.*

Tal fué la encarnizada persecución que se desencadenó contra Abelardo, tanto de parte de la Iglesia como de la de sus émulos y rivales, que llegó un día en que le fué forzoso huír á un desierto del territorio de Troyes y ocultarse en él, solo con uno de sus discípulos, llamado Hilario. Dejémosle referir á él mismo sus angustias y tribulaciones durante aquella época. «Prófugo y errante,—dice,—no parece sino que á todas partes me sigue la maldición de Caín. Fuera, el combate incesante, y dentro, los continuos temores eternizan mi agonía. ¿Qué digo? Interior y exterior son á la vez un infierno de temores y combates sin cesar crecientes. La persecución de mis propios hijos, los monjes, es cien veces más infatigable que la de mis enemigos. ¡Cuántas veces han intentado envenenarme como á San Benito! Viendo que yo prevenía sus diarias asechanzas en la comida y bebida, probaron acabar conmigo en el altar, durante la misa, echándome veneno en el caliz. Si de antemano llegaban á saber que había de pasar por algún sitio, compraban asesinos que se apostasen en el camino y me quitasen la vida. Constantemente veo el puñal levantado contra mí. Parézcome á aquel hombre que

cifraba la suprema dicha en el poder y los tesoros de Dionisio, y á la vista de una espada suspendida de un hilo sobre su cabeza, se convenció de cuál era la especie de felicidad que acompaña á las grandezas terrestres.»

En esta situación, pues, Abelardo refugióse á la referida soledad, y en un poco de terreno, á orillas del Arduzzón, se construyó por sus propias manos, con cañas y ramiza, un oratorio que dedicó al Espíritu consolador ó *Paracleto*. Pero descubierto aquel retiro por sus discípulos, acudieron en muchedumbre á su lado, poblaron el lugar de cabañas, y bien pronto, en medio del desierto, se erigió una ciudad á la ciencia. El humilde oratorio que en creciente prosperidad llegó á convertirse en un importante monasterio, fué más tarde cedido por su fundador á Eloisa y su comunidad, exclaustradas de Argenteuil.

3.<sup>a</sup>

*Doblando triste, le lloraba muerto.*

El atleta del pensamiento y de la palabra en el siglo duodécimo, el temerario reformador que tanto ruido había hecho en el mundo, murió como humilde monje, en el fondo de una oscura celda, el 21 de Abril de 1142. Sus restos fueron secretamente enviados por Pedro el Venerable á la infeliz abadesa de Paracleto, quien, depositándolos en escondida sepultura, donde reservóse una mitad para ella, con la voluptuosa satisfacción con que se hubiera prevenido un sitio en el lecho conyugal, vivió veintidos años consagrada al culto de aquella tumba. Llegada su hora, cuando, conforme á su postrera disposición, la comunidad fué á colocar el cadáver con el de su esposo, al abrir el ataúd de Abelardo, los brazos del esqueleto, que descansaban sobre el pecho, resbalaron á

los lados, abriéndose como para recibir á la esposa, tanto tiempo esperada en aquella fría soledad.

Este accidente, referido por los cronistas y cantado por los poetas, fué consagrado por la fantasía del pueblo como un místico milagroso abrazo en que ambos esposos se unían para los eternos y celestiales amores.

FIN







---

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LA JUSTICIA DEL ACASO, drama en tres actos...

QUIEN Á HIERRO MATA..., drama en un acto...

UN DIA GLORIOSO, poema.....

EN PREPARACION

LA EPOPEYA DE LA ARCILLA.

POEMAS VULGARES.

JT8159

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY